

# La Lectura



# Popular

DE ORIHUELA

## RECUERDOS HISTÓRICOS.

### El siglo de San Francisco

Acababa de terminar el siglo XII, siglo que á pesar de las glorias que tuvo, legó al XIII una herencia de crímenes y peligros. Los desórdenes de Enrique II de Inglaterra, el asesinato de Santo Tomás Becket, el cautiverio de Ricardo Corazon de Leon, las violencias de Felipe Augusto contra su mujer Ingerburga, las inauditas crueldades del emperador Enrique IV en Sicilia, habian como desencadenado todas las pasiones malas y coadyuvado al triunfo del mal sobre el bien, de la carne sobre el espíritu, de la fuerza bruta sobre la fe católica. El siglo XIII recogia el fruto de tales desórdenes, y desde que comenzó quedó, al parecer, abierta la era de los dolores y las ruinas.

Jerusalem habia vuelto á poder de los musulmanes, y las disensiones entre Templarios y Hospitalarios hacian temer que se apoderasen de toda Palestina. La situacion de Europa no era menos lamentable. Habíanse perdido las costumbres; luchas fratricidas hacian derramar abundante sangre; volvía á aparecer, mal disfrazada la simonia, y las infracciones de la ley santa del matrimonio eran frequentísimas. Lloraba la Iglesia dolorida con tanta maldad, y ya no vivía San Bernardo para contener la impura marea del escándalo que hasta en el mismo santuario penetraba.

### Los Albigenses

Una célebre herejía completaba aquellos males, y amenazaba con destruirlo todo; la herejía de los albigenses. Estos sectarios, que habian llenado de sangre y luto el mediodía de Francia, se extendían, dándose la mano con patarinos, cátaros y valdenses, hasta el centro de Italia.

Atacaban al clero feudal y le negaban, fundándose en su opulencia, todo poder y toda jurisdiccion.

Conocida es su doctrina, que viene á ser como la síntesis de todos los errores que las anteriores sectas habian arrastrado cual impuro cieno. Fundándose en que existen dos principios, bueno el uno y el otro malo, y que éste es autor del mundo, tenían que llegar al brutal fatalismo que destruye la responsabilidad humana, y á la más repugnante sensualidad. Eran más que una escuela una gran sociedad, sabiamente organizada, que se desarrollaba en el misterio y empezaba á ocupar un puesto en la Europa cristiana.

Protegidos como estaban por el secreto contra la conciencia y la vindicta públicas, y sostenidos por el Emperador de Alemania, que en ellos veía asesinos bien dispuestos á lanzarse contra la Santa Sede, y creyéndose al propio tiempo cercanos al día del triunfo, dejaron la máscara con que se cubrían, y proclamaron sus ideas. Vióseles hacer alarde de sus escándalos, aumentar las ruinas, despojar al clero de sus bienes, derechos é inmunidades; y entonces, como ahora, resonaron por todo el mudo declamaciones contra la Iglesia católica, á quien llamaban «la gran prostituida de Babilonia», y hubo profecias de su próxima ruina. Bien se ve, por seme-



jantes señales, que eran dignos hijos de los antiguos maniqueos y verdaderos antepasados de los francmasones de hoy: tan cierto es que el error es siempre el mismo y el odio su marca indeleble, y que el amor es señal inequívoca de la verdad.

Así era que la decadencia se manifestaba por todas partes y que el mundo cristiano marchaba hácia su ruina, sin que fuera fácil prever de dónde vendría el remedio. Pero todos sentían que al escándalo de riqueza de que se acusaba á los clérigos, era necesario poner la edificación de la pobreza. Mas ¿qué pobreza se podía poner al lujo de los prelados y la codicia de los clérigo? Cluny no era ni sombra de lo que habia sido: la riqueza del clero secular habia abierto brecha en sus claustros, y los Bernon, los Odilon y

los Masenl no hubieran conocido á sus hijos. Tambien el Cister habia sido invadido por el espíritu del siglo. El mal parecia sin remedio.

Pero ¿cómo desesperar cuando el Verbo Encarnado, vencedor de la muerte y del infierno, ha prometido asistir á su Iglesia y velar por su destino inmortal? La hora de la desesperacion es por excelencia la hora de Dios, es decir, el momento en que gusta de aparecer y salvar lo que todos creían perdido. Para realizar en el orden social semejante maravilla, le basta producir un fenómeno parecido al que se realiza diariamente en el Océano, donde suelen enfurecerse los vientos repentinamente, crece el mar y cubren las olas toda la playa. En el orden moral sucede lo propio: en una hora dada agita Dios con un soplo divino á los pueblos, los empuja hácia Cristo y renueva la faz de la tierra. Sintióse entonces por el Occidente de Europa este divino soplo, y vióse de pronto aparecer, como liberadores de la sociedad, á Inocencio III, en la Sede romana; á Luis IX, en el trono frances; á Simen de Monforte, en los campos del Languedoc, y á Isabel de Hungría, en Alemania. Al propio tiempo, y como para manifestar su intervencion por el contraste entre la pequeñez de los medios y la grandeza de los resultados, suscitaba Dios providencialmente dos hombres, el uno en España y en Italia el otro, Domingo y Francisco, dos pobres que, sin conocerse, persiguían el mismo fin; reformar el mundo por el espíritu de sacrificio, oponiendo á las fingidas virtudes de los herejes, el espectáculo de una sólida piedad; á la ambicion de los señores, la humildad; al extremado lujo de los clérigos, una pobreza absoluta, la pobreza apostólica. ¿No era el divino plan un portento de sublime misericordia? Pues su ejecucion no fué menos admirable.

### El Reformador

Tuvo Francisco la ventura de hallar en la ciudad eterna al anciano Obispo de Asis, quien le hizo un recibimiento muy cordial y le procuró la proteccion de dos cardenales de los de más influencia, Juan de San Paulo y Ugolino, sobrino del Papa, y Papa él mismo luégo con el nombre de Gregorio IX. Mas no por haberle procurado semejantes protectores le dejó de enviar la Providencia alguna humillacion. La primera audiencia que obtuvo del Papa le fué contraria. Acordándose quizás Inocencio III de los fingidos pobres de Lyon cuyos crímenes y orgullo

turbaban entonces el Mediodía de Francia, tomó a aquel raquítico hombre por un pobre importuno, y le despidió sin querer oírle. Mas á la noche siguiente tuvo un sueño misterioso: vió crecer poco á poco junto á sí una palmera que llegó á ser un hermosísimo árbol, y como quisiese descifrar el sentido de de esta vision, le hizo Dios comprender que era un emblema del pobre á quien habia rechazado aquella mañana.

Así que Inocencio III despertó, mandó que buscasen y trajesen á su presencia al extranjero de la víspera. Hallaron al humilde peregrino en una sala del hospital de San Antonio y le condujeron al palacio Letran.

En esta audiencia recibió el Pontífice, que era tan sabio como virtuoso, rodeado de sus cardenales, y le oyó con señalada benevolencia. Admirando la sencillez, el valor y el celo del Santo, se disponia á acceder á su petición, cuando varios cardenales hicieron presente al Papa que la Orden que Francisco queria fundar habia de ser una innovacion en la Iglesia, y que la vida que se proponia llevar era superior á las fuerzas humanas, á lo cual replicó el Cardenal Juan de San Paulo, diciendo: «Señores: si rechazamos la petición de este pobre con pretexto de que su Regla es nueva y difícil de cumplir, atacamos al mismo Evangelio, porque la Regla que presenta á la aprobación del Padre Santo está conforme con las enseñanzas del Evangelio. Pues sostener que la perfección evangélica y el voto de practicarla son cosas irracionales é imposibles, es blasfemar de Jesucristo, autor del Evangelio.»

Sorprendido el Padre Santo por esas discretas razones, dijo á Francisco: «Hijo mio, ruega porque Jesucristo nos haga conocer su voluntad á fin de que podamos favorecer tus deseos.» El servidor de Dios obedeció con la sencillez de un niño; salió á ponerse en oración, y volvió á poco y refirió esta parábola.

### El Rey enamorado

Habia en un desierto una doncella hermosísima, pero pobre; mas la vió cierto rey, y enamorado de su belleza, la tomó por esposa. Vivió con ella unos cuantos años y tuvo varios hijos, en quienes se unieron las facciones del padre y la hermosura de la madre. En llegando cierto tiempo, regresó aquél á su corte. Educó á sus hijos la del desierto con esmero especial, y cuando ya fueron grandes, les habló así: «Hijos míos: venís de un gran rey; id á su corte y os recibirá con todas las atenciones que se deben á nuestro rango.» Fueron, pues, los jóvenes á la corte del Rey, quien, viéndoles tan hermosos, les dijo: «¿Cuyos hijos sois?» y ellos le respondieron: «Somos hijos de aquella pobre mujer que vive en el desierto.» Así que les oyó, les abrazó tiernamente el rey, diciéndoles: «Nada temáis, porque sois hijos míos. Si doy á mis oficiales las migajas de mi mesa, ¿cuánto más no os daré á vosotros, que sois hijos míos?—Este

Rey, Santísimo Padre, es nuestro Señor Jesucristo, y la doncella amable y hermosa, la Pobreza, que despreciada de todos, se veia en el mundo tan sola como en un desierto. Bajando á la tierra desde su gloria el Rey de los reyes, la tuvo tanto amor que se unió á ella desde su mismo nacimiento. No les faltaron hijos; los apóstoles, los anacoretas, los cenobitas, y finalmente, en los tiempos tristísimos que atravesamos, este servidor suyo y sus compañeros. El mismo me ha asegurado que proveera á nuestras necesidades como proveyó á las de nuestros hermanos mayores, y me ha dicho: «Si doy alimento á los mercenarios y hartó á los enemigos de mi nombre, con mejor razón lo daré á mis hijos é imitadores; si hago que brille mi sol hasta para los pecadores y distribuyo entre ellos los bienes de la tierra, con mayor motivo daré el pan de cada día á los que siguen los consejos evangélicos.»

«¡Ved ahí al hombre que verdaderamente sostendrá con sus doctrinas y sus obras á la Iglesia de Dios!», exclamó el Papa, aludiendo á un sueño que habia tenido varios días antes, y que quiso referir en presencia de todos los cardenales: «Parecióme, dijo, que la basílica de San Juan de Letran se conmovia hasta en sus cimientos, y yo me esforzaba inútilmente por evitar su ruina, cuando apareció un hombre endeble y miserable que la sostuvo con sus hombros.» Sin más deliberar aprobó verbalmente la Regla de Francisco, le nombró, para siempre, superior general de la Orden de Menores, le ordenó de diácono, dió la tonsura monacal á los once compañeros del Santo Fundador, les autorizó para ir por donde quisiesen á predicar penitencia, los tomó la profesión religiosa, les dió la apostólica bendición, y les despidió abrazándoles afectuosamente.

Ya veian nuestros piadosos peregrinos realizados todos sus deseos. La pobreza seráfica, aquella pobreza absoluta que habian abrazado, acababa de recibir la aprobación de la suma autoridad del mundo; así que su primer cuidado fué ir á prosternarse, en acción de gracias, ante los sepulcros de los Apóstoles, despues de lo cual partieron de la Ciudad Eterna, llevando en sus corazones grandes consuelos y esperanzas mayores aún, y jurando una adhesión firmísima y constante al Vicario de Jesucristo.

### Protección del cielo

Cuenta San Buenaventura un suceso maravilloso que les ocurrió al regreso de Roma. Cierta noche, despues de una larga jornada, fatigados en extremo se sentaron los religiosos á orillas del camino. Les atormentaba grandemente el hambre y no tenia víveres con que calmarla, ni habia por allí señal de habitación humana; mas no les abandonó la Providencia, pues se les presentó inopinadamente un jovencillo, y dándoles un pan blanco, desapareció. Comieron los frailes, y por virtud de aquel pan celestial sintieron reparadas sus fuerzas, mientras que

la amorosa atención de la Providencia les inundaba el alma de alegría.

Al día siguiente se detuvieron enfrente de Orté, en la reunión del Tiber y la Nera, en un lindo valle abrigado por el monte Cimino mas al cabo de quince días dejaron aquel clima enervador, remontaron el Tiber, y se establecieron, no lejos de Asís, en una cabaña ruinosa que hallaron en el camino de Foligno a la Porciúncula, al borde de un famoso torrente que baja del monte Subaso y que se llama Rivo-Torto, esto es, arroyo tortuoso.

### La Porciuncula

Pasado que hubo un mes en Rivo-Torto llamó Francisco á sus doce compañeros y les habló así: «Hermanos: el Señor se ha servido darme conocimiento de que va á hacer crecer esta familia. Necesitamos, pues, una habitación más capaz, una iglesia donde celebrar los divinos oficios y un cementerio donde enterrar á los muertos. Vamos á buscar al Obispo de Asís para suplicarle que procure un asilo para la naciente Orden.» No pudo satisfacer el Prelado tales deseos, pero hallóse Francisco con que los benedictinos del monte Subaso le cedían gustosísimos la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, la casa contigua y algunas parcelas de terreno á condición de que considerasen aquel convento como una cuna y origen de la Orden de Menores. Aceptó Francisco muy de grado el presente y la condición sintiéndose al punto colmado de la mayor alegría por ver realizados todos sus deseos. Su agradecimiento subsiste á pesar del trascurso de los siglos y sus hijos espirituales repiten hoy los que decían seiscientos años ha, que deben á los discípulos de San Benito el primer establecimiento y la primera casa de oración.

No tardó Francisco en ocupar con sus compañeros la Porciúncula, donde debian seguir la vida de Penitencia que habian comenzado un año atras.

¡Cuán dulces fueron las emociones que sintió Francisco al tomar posesión en nombre de la Reina de los cielos, de aquella tierrecilla bendita tres veces! ¡Qué ardientes fueron las palabras de gratitud que subieron al trono de la Virgen inmaculada desde la Iglesia de Ntra. Sra. de los Angeles! De sentir es que no nos haya sido dado escuchar y recoger aquellos primeros suspiros amorosos. Hasta la misma elección de sitio era ocasión para nuestro Seráfico Padre de grandes recuerdos y esperanzas. Allí le habia consagrado Pica á la Santísima Virgen; allí habia ensayado sus armas con los rudos combates de la penitencia y habia nacido su empresa á una sonrisa de la Virgen; de allí habia partido á prosternarse á los pies del Romano Pontífice. Bien declaraban todos esos beneficios que la Santísima Virgen queria, además de haber sido madre, ser protectora de su orden.

Tales eran los pensamientos que embargan su ánimo y para más asegurar la protección de la que es amparo de los hombres quiso,

desde luego, confiarla sus alegrías pasadas y sus esperanzas del porvenir, de modo que llevando á la vida religiosa las costumbres de los caballeros de la Edad Media, hizo la vela y pasó la primera noche de su estancia en la Porciúncula prosternado ante su celestial Soberana, así como si fuera á ser armado caballero de Jesus y Maria. Y en verdad que lo fué.

Apareciósele la Santísima Virgen rodeada de multitud de espíritus angelicales y, sonriéndole amorosamente, le descubrió el glorioso porvenir de aquel humildísimo santuario. Levantose nuestro Santo al rayar el alba y exclamó, á ejemplo del Patriarca Jacob: «Verdaderamente que este es un lugar santo donde debieran habitar los ángeles y no los hombres. No saldré de aquí mientras pueda, y será para mí y los míos, eterno monumento de la bondad divina.»

### Once años despues

En el mes de Octubre de 1221, en una de esas templadas noches de otoño que sólo ocurren en Umbria, retiróse San Francisco al fondo de una gruta que habia como cincuenta pasos hácia oriente del convento de la Porciúncula. Tenia en sus manos el crucifijo, y en el suelo, junto á sí una calavera. En el momento en que Francisco rogaba más fervorosamente por la conversion de los pecadores, oyó una voz, como de ángel, que le gritaba: «¡A la capilla, Francisco, á la capilla!» Corrió el Santo á Nuestra Señora de los Angeles y allí le hirió la vista un espectáculo jamás oído. Sobre el altar, encima del Tabernáculo y rodeado de una claridad sobrehumana, estaba el Verbo hecho carne, el Dominador de los dominadores, resplandeciente de gloria y radiante de indescriptible hermosura; indescriptible, sí, porque en vano seria buscar un término de comparación en este mundo infeliz, donde el esplendor de lo bello tan desvanecido y desnaturalizado y ténue é impuro se nos presenta. Digamos solamente que tenia su rostro la eterna frescura de la juventud unida á la gravedad de la edad madura; que su mirada, fija en Francisco, tenia una incomparable suavidad, y que sus labios revalaban una mansedumbre infinita. Tenia á su derecha á Maria, su gloriosa Madre, y al rededor una multitud de divinos espíritus. El inefable resplandor que iluminaba todo el templo no heria la vista como la luz del astro-rey, sino que, viva á la vez que suave, atraia la mirada, que en ella se bañaba deliciosamente.

Nuestro Santo, trasportado de júbilo, se prosternó en tierra y adoró como los ángeles. «Francisco, ya sé el celo con que tú y tus hermanos procuráis la salvación de las almas, le dijo el Unigénito de Dios. En recompensa pide para ellas, y para gloria de mi nombre, la gracia que deseas, y yo te la concederé, que te he dado al mundo para que seas luz de los pueblos y apoyo de mi iglesia.» Animado por tan bondadosas palabras Francisco se atrevió á hacer esta súplica:

Dios tres veces Santo, pues que he encontrado gracia á tus ojos, áun cuando no soy más que ceniza y polvo y el pecador más miserable te juro, con todo el respeto de que soy capaz á que te dignes conceder á tus fieles esta gracia singularísima: que todos los que, confesados y contritos, visiten esta iglesia, ganen indulgencia plenaria y obtengan el perdón de todos sus pecados.» Y volviéndose hacia la Virgen, siguió de este modo: «Ruego á tu bienaventurada Madre Maria, abogada de los hombres, que defienda mi causa contigo.»

¡Oh admirable escena, que ni la pluma del literato ni el pincel del artista han sabido reproducir jamás! Intercedió Maria, y Jesus, que nada puede negar á su Santísima Madre, volvió amorosamente los ojos hácia ella y luego hácia su siervo, á quien habló con estas palabras: «Mucho es lo que pides, Francisco; pero todavía has de obtener favores más grandes. Te concedo la indulgencia plenaria que solicitas, más á condicion de que la firme y ratifique mi Vicario, que es el único que tiene en la tierra poder para atar y desatar.» Dichas estas palabras, desvaneciéndose la vision, yendo Jesus, acompañado de su bienaventurada Madre y la angélica corte, al inaccesible santuario donde residia la augusta Trinidad.

### En Perusa

Así que comenzó á clarear el día partió San Francisco para Perusa, donde se encontraba á la sazón Honorio III. «Santísimo Padre, le dijo con aquella su encantadora sencillez, reparé hace unos pocos años un santuario pequeño que está en nuestros dominios y dedicado á la Madre de Dios, y vengo á suplicar á Vuestra Santidad que le enriquezca con una indulgencia valiosa, que se gane sin obligacion de hacer limosna.» «Consiento, respondió el Papa; pero dime cuántos años de perdón son los que solicitas.» «Señor, no me dé Vuestra Santidad años, sino almas.» «¡Almas! ¿pero cómo?» «Deseo, si Vuestra Santidad lo aprueba, que cuantos arrepentidos y absueltos entren en la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, obtengan la remision de todos sus pecados en este mundo y el otro.» «Eso que me pides es mucho y nunca fué concedido.» «Pues por eso no lo solicito en nombre mio, sino en el de Jesucristo, que es el que me envia.» Oyendo lo cual, dijo tres veces el Pontífice: «En nombre de nuestro Señor, plácenos acordarte la gracia que solicitas.» Y como algunos Cardenales le dijeren que la concesion de semejante gracia perjudicaria á las peregrinaciones de Roma y Jerusalem, el Padre Santo les replicó así: «No podemos revocar lo que libremente hemos concedido: sólo es posible que fijemos su duracion.» Y volviéndose hácia Francisco, prosiguió: «Queremos que esta concesion valga perpétuamente, y que sólo se pueda ganar durante el espacio de un dia natural, desde las primeras vísperas hasta las vis-

peras del siguiente.»

Dió Francisco las gracias, se inclinó y retiró con gran compostura y humildad, y viendo que ya se iba, le llamó el Papa y le dijo sonriéndose: «¿Adónde vas, hombre sencillo, si no llevas testimonio ninguno de de esta indulgencia?» «Con vuestra palabra me basta, Santísimo Padre. Sea Jesucristo el notario, la Virgen la escritora y los ángeles los testigos no pido más auténtica y dejo á Dios el cuidado de demostrar que esto es cosa suya.» «Y dando esta contestacion tan sublime y sencilla, partió de Perusa, con la bendicion del Soberano Pontífice, para volver á Nuestra Señora de los Angeles. Detúvose en el camino á pasar la noche, y se hospedó en un hospital de leprosos. Tuvo una vision durante el sueño, y al despertarse llamó á su compañero de viaje, que era fray Maseo, y le dijo así: «Alegrémonos, hermano mio, porque se ha ratificado en el cielo la indulgencia que nos acaban de conceder en Roma.»

### Otro prodigio

No se había fijado aún el día en que se podría ganarla, y el siervo de Dios oraba y esperaba confiadamente. Su confianza no salió fallida. Dos años despues de la primera aparicion, cierta helada noche de invierno (sucedió esto en Enero de 1223), hallándose Francisco haciendo oracion en una celda contigua á la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, azotándose sin compasion su inocente carne, el demonio, que vela sin cesar por la perdicion de las almas, se le presentó en figura de un ángel de luz y le dijo: «¿Porqué consumes tu juventud en vigiliyas, ayunos y penitencias? ¿No sabes que el sueño es el gran reparador del cuerpo? Créeme, conserva tu vida á fin de poder servir á Dios más tiempo.» Francisco descubrió inmediatamente el engaño de que el demonio le queria hacer victima, y saliendo apresuradamente de la celda, se quitó el hábito, y llevado de la sed de inmolation, que es siempre la señal de la victoria y la mejor virtud del amor, revolcóse en la nieve y se restregó en un zarzal lleno de espinas, diciendo á su ensangrentado cuerpo: «Más vale sufrir éstos dolores por Jesucristo que ceder á los péfidos halagos de la serpiente.» Apénas acabó de realizar aquella heroica accion, cuando vió que la naturaleza se trasformaba á su lado. Rodéale una suavísima luz; las zarzas ensangrentadas se llenan de rosas blancas y encarnadas, simbolo de la pureza y caridad de nuestro Santo; los ángeles le cubren con una vestidura más blanca que la nieve, tejida, sin duda, en el misterioso taller donde se pintan los lirios del vaye, y una voz armoniosa, junto á la cual no eran nada las músicas de los hombres, le dice así: «Francisco apresurate á ir á la iglesia, porque allí te aguardan el Redentor y su Santísima Madre.» Tomó Francisco veinticuatro rosas doce blancas y doce encarnadas, y fué á la capilla por un

sendero que le pareció cubierto de sedosas alfombras.

Allí estaba Jesucristo en un trono de luz, á su derecha la Reina del cielo, y millares de ángeles en derredor. Francisco, despues de una profunda adoracion, ofreció a Jesús, por mano de Maria Santísima, las rosas que habia traído. «Francisco, le dijo el Unigénito del Eterno, por qué no tributas á mi Madre el homenaje que la tienes prometido?» Conoció el Santo que se se trataba de las almas que habian de santificarse con la indulgencia de la Porciúncula, y así fué que le respondió con el acento de la confianza filial más grande: «Dios tres veces santo, Señor de cielos y tierra, Redentor de los hombres, en tu infinita misericordia y por amor de tu gloriosa Madre, dignate fijar el día en que se ganará la indulgencia plenaria con que has querido enriquecer esta iglesia.» — «Quiero que ese día de perdón comience con las primeras visperas de aquel en que rompí las cadenas de Pedro, príncipe de mis apóstoles, y concluya á la puesta del sol del día siguiente.» — «Señor, ¿y cómo darán los hombres fé á mis palabras?» — «Nada temas. Vé nuevamente á buscar al que es Vicario mio en la tierra para que publique esta indulgencia; lo demás lo hará mi gracia.»

En este misterioso diálogo entre el Criador y la criatura, la paz quedó devuelta á la tierra. Los coros angélicos entonaron el *Te Deum* en accion gracias, y la visión desapareció.

### Publicacion de la indulgencia

Nuestro Santo, siempre dócil á las órdenes del Señor, partió al día siguiente para Roma, acompañado de tres religiosos que habian sido testigos del suceso, Pedro Cattanio, Bernardo de Quintaval y Angel de Rieti. Llevaba consigo seis de las rosas del milagro, tres blancas y tres encarnadas, en honor de la Santísima Trinidad. Puesto en la presencia del Papa en el Palacio de Letrán, refirió con extrema sencillez la maravillosa vision y presentó su ramillete de rosas como irrecusable prueba de la verdad de cuanto referia. Considerando Honorio lo fresco, hermoso y perfumado de aquellas flores en estacion tan impropia (ya hemos dicho que ocurrió esto en el mes de Enero), y admirando más todavía la santidad de Francisco, accedió á su peticion. Fijó el 2. de Agosto para poder ganar aquella gran indulgencia, y ordenó á los Obispos de Asis, Perusa, Todi, Foligno, Nocera, Espoletó y Gubbio que la anunciaran solemnemente al día siguiente á la fiesta de San Pedro ad Vincula y que consagraran la capilla de Nuestra Señora de los Angeles.

En el día elegido los siete Prelados, y con ellos el Santo Patriarca, subieron á una tribuna que habia levantada junto á la puerta de la capilla, y allí, delante de una multitud anhelante y recogida que cubria todo el llano, San Francisco recordó el origen y excelencia de la divina gracia que habia con-

seguido, y despues, desdoblado un pergamino, leyó en él estas palabras: «Deseo haceros ir á todos al Paraíso. Os anuncio una indulgencia celeste que he obtenido del favor divino y de la misma boca del Soberano Pontífice. Todos los que habeis venido aquí contritos de corazon, confesados y absueltos por un sacerdote, habeis conseguido remision plenaria de la pena que mereciais por vuestros pecados; y así será perpétuamente todos los años para todos los que aquí se presenten en esas condiciones. Deseaba que esto durase ocho dias en vez de uno, pero no he podido conseguirlo.» Al oír la palabra «perpétuamente» conmovieron los Obispos, y convinieron en reducir á diez años la duracion de la indulgencia. Tomó Donfrido la palabra para declararlo así, más se vió obligado, por fuerza misteriosa, á decir «perpétuamente». Lo mismo les sucedió á los demás Prelados; y así conocieron la misericordiosa voluntad de Dios.

Tal es la historia de la célebre indulgencia de la Porciúncula que las gentes llaman el *gran Jubileo* de Asis.

*Cherancé.*

### FRAGMENTO

#### de una carta de S. Francisco

!...Desgraciado de aquel que no hace penitencia y que sigue los deseos de la naturaleza corrompida, porque busca á sabiendas su condenacion! Abrid los ojos ¡oh pecadores, oh ciegos voluntarios! porque los teneis cerrados á la luz del Evangelio. Sabed que sois juguete de Satanás, del eterno enemigo de Dios y de los hombres. Imaginais que guardaréis mucho tiempo los efímeros bienes de la tierra, y ye se acerca la hora en que seréis despojados, hora fatal que no conoceis y en la cual ni pensais siquiera. Ved ese rico que espira. Su esposa y sus hijos rodean inconsolables el lecho en que yace, y él les entrega su fortuna con sus últimas recomendaciones. Lllaman á un sacerdote, que se ve en la necesidad de mandar que se restituya aquella riqueza mal ganada. «¡Restituir! ¡Eso es imposible, eso es la ruina de mi familia!» exclama el moribundo. El mal se agrava, el enfermo pierde el uso de la palabra y muere en la ira del Señor. Aprisionanle los demonios el alma y le dan tortura, mientras que los gusanos roen su cuerpo y sus parientes disfrutan su herencia y maldicen su memoria. Así, por vanas y mundanas consideraciones, pierde aquel miserable para toda la eternidad su cuerpo y su alma.

«Yo, fray Francisco, servidor vuestro humildísimo y pronto á besaros los piés, os ruego y os conjuro que por caridad, que es Dios mismo, recibais y practiquéis

humildemente estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo y todas las demas que salieron de su boca.

### BIBLIOGRAFIA

La Revista Popular es una publicacion Católica semanal fundada hace 25 años en Barcelona por el fervorosísimo sacerdote D. Felix Sarda y Salvany uno de los hombres á quienes mas debe la propaganda española de la verdad y del bien.

Todo elogio nos parece pequeño para recomendar á las familias cristianas la suscripcion á un periódico tan adecuado para conservar en sus hogares el fuego sagrado de la fé; pero el mejor de todos los que pudiéramos hacer es darles á conocer los trabajos que lleva realizados en los 25 años de su existencia.

He los aquí.

Lleva editados con el del presente semestre, tomos, 48.—Publicados, artículos doctrinales, 1,695.—Id., historias y leyendas, 429.—Id., poesías, 1,381.—Id., retratos, 309.—Idem, otros grabados, 1,976.—Ha dado cuenta y reseña en la sección bibliográfica, de libros, 8,198.—Ha recaudado para diferentes objetos de piedad ó beneficencia, reales, 243, 572.—Ha enviado al papa pobre de limosnas recaudadas en sus columnas, reales, 1,368, 826.

Su baratura puede apreciarse considerando que por cincuenta céntimos al mes reparte cada semana un número de treinta y dos columnas de texto y cuatro de cubierta: ó lo que es igual, por doce reales al semestre da un tomo de más de 400 páginas, regalando además en Julio un tomito de folletín, y de Diciembre á Enero el *Almanaque de los amigos del Papn.*

### PRECIOS.

Dirigiéndose á la Administración: España, 6 pesetas un año; Cuba y Puerto-Rico, 8; Estados de la Unión postal de Europa y Filipinas, 10; Estados de la Unión postal de América, 12'50; y en los demás puntos, 15.

Por medio de correspondal: España, 6'50; pesetas un año. En todos los demás puntos del Extrajero, Antillas, Filipinas y Américas, por razón del cambio fijaran los precios los señores Corresponsales.

### LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentando la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion. . . . .	4 pesetas mensuales.
Media id. . . . .	2 " "
Un cuarto id. . . . .	1 " "
Un octavo id. . . . .	0'50 " "

Por medio de correspondal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.